

EL LABRIEGO

Año 38

Decano de la Prensa Manchega.
FUNDADO POR DON CEFERINO SAUCO DÍEZ

Núm. 11.962

DIRECTOR:
ARTURO SAUCO ARDILA

CIUDAD REAL 19 DE DICIEMBRE DE 1915
La correspondencia al Director.

ADMINISTRADOR:
JUSTO S. ESCRIBANO

CUENTOS DE «EL LABRIEGO»

CARMENCITA

A la bella señorita
Consuelo Barrios Madrid.

I

La *tortuga* del gabinete ardía con furia y las llamas marchaban en acompasada velocidad por el interior de los tubos formando un continuo sonar, lento y misterioso.

Carmencita se encontraba feliz con la compañía de su primo Pepe Luis, joven estudiante en medicina, llegado hacía unos días de Granada.

Carmencita estaba en la convalecencia de una enfermedad que á punto estuvo no se la llevara al panteón.

Sentada al lado de la roja estufa, en una cómoda butaca, la niña repasaba un álbum, en el que conservaba las más bellas composiciones de los modernos poetas; pues dotada la enfermita de una cultura, hoy no muy poseída por la mujer, en los ratos de ocio, cuando nada perentorio la reclamaba y el encaje y el bordado había tocado el descanso, nada que no fuera leer poesías y cuentos la llamaban la atención. Así se explicaba su cultura excepcional.

Pepe Luis habíase dado al estudio. Sentado frente á su prima, al lado del balcón que al jardín de la casa vistas daba, se ensimismaba en el repaso de las lecciones que su señor tío le tomaría al día siguiente.

En esta actitud, los dos primos daban libertad á las horas que la noche iba matando.

El reducido gabinete estaba cobijado por un silencio místico, solo profanado por el tic-tac del



D. TOMÁS RUEDA

Distinguido joven, que en una de las veladas de «Amigos del Arte», recitó el monólogo «Cuento Inmoral», de Benavente, con maestría insuperable, por lo que recibió merecidísimos aplausos.

reloj, de rato en rato los chasquidos de los carbones que en la estufa ardan y algún que otro suspiro escapado del pecho dolorido de Carmencita.

¡La paz y augusto silencio de las noches invernales, espiritualizaba el ambiente!

II

—No, de ninguna manera te permito abras el balcón, pudiera cojer frío y recaer nuevamente en la enfermedad. No, Pepe Luis, no seas imprudente.

Carmencita se había sentido dolorida con el gusto de Pepe Luis.

—¡Mujer, permíteme vea por un momento caer la nieve... déjame contemplar la transformación del jardín!

Mira, querida prima, para que el frío, ó mejor dicho, para que esta cálida temperatura no pueda envenenarse con el contacto de esa otra que al mundo pobla, fría como esa nieve que por el espacio baja á la tierra, saldré al balcón y cerraré rápidamente sus puertas, para que nada puedas temer. ¿Quieres?

—Siendo así...

—Sí, así. ¡Ves todo en este mundo tiene su arreglo.

Pepe Luis salió al balcón con rapidez y seguidamente quedaron las puertas cerradas.

Carmencita continuaba con su lectura. Pero algo interno había sin duda sentido, cuando malhumorada, triste y meditabunda cerró el álbum y lo arrojó con despecho sobre una mesa, dirigiéndose al balcón, desde cuyo cuerpo Pepe Luis contemplaba la nieve, contemplaba el paisaje.

Carmencita dió con sus dedos, descarnados y paliduchos en el cristal para que su primo se diera cuenta de que allí estaba ella.

Y efectivamente, Pepe Luis volvió la cabeza hacia la habitación y al ver á su prima la dijo.

—Cada vez la nieve es más gruesa y cae más